

- ¿Job?
—Sí.
—Ha partido.
—Con su amo, supongo.
—Su amo, su amigo, ó su no sé qué; se han ido juntos; ¡bonita pareja!
—Jingle habrá sospechado mi proyecto, y te habrá despachado á ese bribón con su historia preparada, — repuso Mr. Pickwick.
—Eso debe ser, señor.
—Sin duda fué todo una invención.
—De la cruz á la fecha.
—No creo que se nos escape para otra vez.
—Lo espero.
—En cualquier punto en que encuentre á ese Jingle, —exclamó Mr. Pickwick, incorporándose sobre su lecho y dando un fuerte puñetazo sobre la almohada no me contentaré con desenmascararle, sino que le daré además un castigo personal. Si lo haré, ó no me llamo Pickwick.
—Y cuando yo coja una pata á ese lloricón, ó le coja un buen remojo, ó no me llamo Weller. Buenas noches.

CAPITULO XVII

Donde se demuestra que un ataque reumático puede ser vir de estimulante á un genio creador.

Aunque la constitución de Mr. Pickwick era capaz de sostener una larga serie de trabajos y fatigas, no estaba, sin embargo, á prueba de una combinación tal de desventajas. Es tan peligroso como inusitado ser lavado al aire libre y secarse después en una habitación cerrada. Mr. Pickwick aprendió este aforismo á costa de su salud, y fué obligado á permanecer en su lecho por un ataque de reumatismo.

Pero si las fuerzas corporales de aquel grande hombre se habían debilitado, conservaba todo el vigor y elasticidad de su espíritu. El vejámen de su última aventura se había desvanecido completamente, y él mismo se unía á la risa franca de Mr. Wardle, siempre que se aludía á aquel asunto. Durante dos días, nuestro filósofo permaneció en su lecho y recibió de su criado las más solícitas

atenciones. El primer día, Sam se empeñó en distraerlo contándole una serie de anécdotas; el segundo día, mister Pickwick pidió recado de escribir y estuvo ocupado hasta la noche; el tercer día, encontrándose bien, mandó á su criado en busca de Mr. Wardle y de mister Trundle, suplicándoles que vinieran á tomar un vaso de vino con él. La invitación fué aceptada, y cuando todos se encontraron reunidos alrededor de una mesa, Mr. Pickwick, con un modesto sonrojo, leyó la novelita siguiente, como editada por él durante su reciente indisposición, siguiendo el relato de Sam Weller.

Historia de un verdadero amor

Había en un tiempo, en una pequeña ciudad de provincia situada á mucha distancia de Londres, un hombre llamado Nathaniel Pipkin. Era maestro de escuela, y habitaba una pequeña casa en la calle Grande, á diez minutos de distancia de la pequeña iglesia. Todos los días, desde las nueve hasta las cuatro, se le encontraba enseñando á los pequeñuelos. Nathaniel Pipkin era dulce, benévolo, inofensivo, con la nariz arremangada, las orejas un poco torcidas, los ojos pequeños y un si es no es cojo. Compartía el tiempo entre la iglesia y la escuela, y creía firmemente que no existía en el mundo un hombre tan sabio como el cura, una habitación tan cómoda como la sacristía, ni una institución tan bien mantenida como la suya. Una vez solamente en su vida Nathaniel Pipkin había visto un obispo, un verdadero obispo, con sus mangas de linón y su peluca. Le había visto andar, le había oído hablar el día de la confirmación; y en esta majestuosa ceremonia, cuando el obispo había puesto las manos sobre la cabeza de Nathaniel Pipkin, éste se sintió sobrecogido de un temor tan respetuoso, que perdió el conocimiento y tuvieron que sacarlo de la iglesia en brazos de un bedel.

Este era un acontecimiento importante en la vida de nuestro héroe, y era el único que había trastornado el curso regular de su pacífica existencia, cuando una tarde, cuando se ocupaba en plantear sobre la pizarra un espantoso problema de adición que debía resolver un chiqueto, levantó la vista en una ventana al otro lado de la calle el bello rostro de María Lobbs. María Lobbs era la única hija del viejo Lobbs, el gran sillero de la calle Grande: ya otras veces, en la iglesia y fuera de ella, los ojos de Nathaniel Pipkin se habían clavado en la joven María; pero las negras pupilas de ésta no habían sido nunca tan brillantes, sus mejillas no habían estado tan frescas y sonrosadas como en aquella ocasión.

Era, pues, natural, que el maestro de escuela no tuviese fuerzas para apartar los ojos de miss Lobbs; era natural que miss Lobbs, al notar que era mirada por un joven, retirase la cabeza, cerrase la ventana y bajara la cortina; era natural, en fin, que Nathaniel Pipkin inmediatamente después de esto cayese sobre el culpable escolar y le riñese de todo corazón. Todo esto era muy natural y no tenía nada de extraordinario.

Pero lo extraordinario es que un hombre de carácter tímido y discreto como Nathaniel Pipkin, un hombre cuya renta era sumamente exigua, hubiera aspirado desde aquel día á la mano y al corazón de la única hija del orgulloso Lobbs; del gran sillero, que hubiera podido comprar todo el pueblo sin gran perjuicio del viejo Lobbs, que tenía, según pública voz, grandes tesoros en el Panceo de la provincia y mucho dinero en una pequeña caja de hierro colocada sobre la chimenea, en la sala de su casa; de aquel Lobbs, que los días de fiesta adornaba su mesa con una tetera, un azucarero y un jarro de leche, todo de verdadera plata. Lo repito, es admirable y maravilloso que Nathaniel Pipkin pusiese los ojos en aquella joven, pero el amor es ciego, y Nathaniel era un poco bizco: estas dos circunstancias le impedían observar las cosas bajo su verdadero punto de vista.

Además, si el viejo Lobbs hubiera llegado á sospechar el estado de las afecciones de Nathaniel Pipkin, hubiera demolido hasta sus cimientos la escuela, ó hubiera hecho desaparecer de la haz de la tierra al maestro, ó hubiera cometido alguna otra atrocidad aún más hiperbólica, porque el viejo Lobbs era un hombre terrible cuando se hería su orgullo ó se excitaba su cólera. A veces cuando maldecía la pereza de su aprendiz, el de las piernas delgadas, se oía desde la calle una serie de votos y juramentos tempestuosos, que hacían estremecer de horror al pobre Nathaniel y erizaban los cabellos de sus tímidos discípulos.

Todas las noches, cuando los deberes habían terminado, cuando los discípulos se marchaban, Nathaniel Pipkin se sentaba junto á la ventana y hacía como que leía, lanzando furtivas algunas miradas, que iban en dirección de la ventana de María Lobbs. ¡Oh dicha! algunos días después, los brillantes ojos de María Lobbs aparecieron en una ventana del segundo piso, ocupados también aparentemente en leer con atención. ¡Qué deliciosa ocupación para el corazón de Nathaniel Pipkin! ¡qué placer encontraba en permanecer allí horas enteras y contemplar aquel lindo rostro, mientras tenía los ojos bajos! Pero cuando María Lobbs levantaba los ojos del libro y dirigía sus rayos hacia Nathaniel Pipkin, su admiración y entusiasmo no reconocían límites. Al fin, un bello día, sabiendo que el viejo Lobbs estaba fuera, el maestro de

escuela tuvo la temeridad de enviar un beso volado á María Lobbs, y María Lobbs, en lugar de cerrar la ventana y bajar la cortina, sonrió y se lo devolvió. Desde entonces Nathaniel tomó la determinación de descubrir á María Lobbs sus sentimientos.

Nunca ha pasado por la tierra un pie más lindo, un rostro más agraciado, un corazón más alegre, un tallo más esbelto que el pie, el corazón, el rostro y el tallo de María Lobbs, la hija única del viejo sillero.

Había en sus ojos un resplandor de malicia que hubiera fascinado á un corazón menos impresionable que el del maestro de escuela. Había tanta alegría en el sonido contagioso de su risa, que el misántropo más feroz no hubiera podido menos de reír también al oírlo. El viejo Lobbs mismo, en el más alto grado de su ferocidad, no podía resistir á las maliciosas gracias de su hija. Cuando ella se le ponía delante, secundada por su prima Kate, joven de aire maligno, desenvuelto y descarado, el buen hombre era incapaz de articular una negativa, aunque ella le hubiera pedido una parte de los tesoros ocultos en el arca.

Una noche de verano, el corazón de Nathaniel Pipkin latió violentamente en su pecho de hombre cuando vio aquella bella pareja acercarse al campo donde tantas veces se había paseado él al oscurecer, pensando en los encantos de María Lobbs. Había pensado frecuentemente en el ademán desenvuelto con que se acercaría á la joven para pintarle su pasión, cuando la encontrara; pero en aquel momento en que se presentaba sin ser esperada, sentía que toda su sangre refluía á su rostro, con detrimento manifiesto de sus piernas, que, privadas de su porción habitual de aquel líquido, temblaban y se chocaban violentamente. Cuando las dos jóvenes se detenían para recoger una flor en la cerca ó para escuchar algún pájaro, el maestro de escuela se detenía también, tomando una actitud de profunda meditación; y en efecto, pensaba con extravío en lo que le sucedería cuando las primas retrocedieran y le encontrarán frente á frente, como inevitablemente había de suceder al cabo de cierto tiempo; pero aunque no deseaba unirse á ellas, le contrariaba mucho perderlas de vista. Así, cuando ellas corrían, corría él también; cuando ellas andaban, él también; cuando se detenían, él se detenía igualmente, y hubiera continuado así hasta la noche, si la maligna Kate no hubiera mirado atrás y hubiera hecho un signo á Nathaniel de animación para determinarle á acercarse. Había algo de inevitable en la orden de Kate, así es que Nathaniel obedeció. Después, muy turbado, y mientras la maligna prima reía de muy buenas ganas, Nathaniel se puso de rodillas sobre la húmeda hierba, y declaró su fir-

me resolución de no levantarse de allí hasta que no se le permitiera llamarse amante aceptado de María Lobbs. Al oír esta declaración, la risa alegre de María Lobbs, resonó en medio de la calma de la atmósfera, sin turbarla; tan dulce era su voz. La prima volvió á reír más ruidosamente, y Nathaniel Pipkin se puso más encarnado que antes. Al fin María Lobbs, violentamente obligada por el amor del amartelado maestro de escuela, volvió la cabeza y mandó á su prima que dijera ó su prima dijo que se creía muy honrada con la oferta de Nathaniel Pipkin, que su mano y su corazón dependían de su padre, pero que nadie podía ser insensible al mérito de Mr. Pipkin. Como todo esto fué hecho con mucha gravedad, y como Nathaniel Pipkin acompañó después á María Lobbs, y hasta trató de darla un beso, se acostó aquella noche creyéndose el más feliz de los hombres, y soñó que había suavizado al viejo Lobbs, que había recibido la llave del arca y que se casaba con María.

Al día siguiente, Nathaniel vió al sillero, que se marchaba montado en su caballo gris; vió á la prima que desde la ventana le hacía una porción de signos que no podía comprender; y al ver que se dirigía á él el aprendiz de las piernas delgadas, éste dijo á Nathaniel que su amo no vendría hasta el día siguiente, y que las dos jóvenes esperaban á Mr. Pipkin para tomar el te á las seis en punto.

Ni Nathaniel ni sus discípulos saben mejor que nosotros cómo se recitaron las lecciones aquel día; pero fueron recitadas, bien ó mal, y cuando los niños se marcharon, Nathaniel Pipkin se ocupó de su vestido y de su tocador hasta las seis de la tarde. No es que necesitara mucho tiempo para elegir los trajes que debía ponerse, puesto que en su guardarropa no había elección posible; pero era una ocupación difícilísima é importante limpiar su traje y ponerlo en un estado conveniente.

Nathaniel encontró en casa del último una pequeña y escogida sociedad, compuesta de María Lobbs, de su prima Kate, y de tres ó cuatro jóvenes alegres, sonrosadas y vivarachas. Hubo entonces una prueba positiva de que los rumores respecto á los tesoros del viejo no eran exagerados: vió con sus propios ojos la tetera de verdadera plata maciza, y las cucharillas para el te, y las tazas de verdadera porcelana, y los platos de la misma materia, que contenían pasteles y dulces.

El único reverso de la medalla era un hermano de Kate, un primo de María Lobbs, que se llamaba Enrique, y que parecía guardar su prima para él solo, en un extremo de la mesa. Es delicioso ver los miembros de una misma familia tenerse afecto los unos á los otros; pero esta afección puede llevarse demasiado lejos, y Nathaniel

Pipkin no pudo menos de pensar que María Lobbs debía amar muy particularmente á sus parientes, si por todos tenía el mismo afecto que á aquel primo manifestaba. Después del te, cuando la maligna prima propuso jugar á la gallina ciega, sucedía que siempre le tocaba á Nathaniel Pipkin tener los ojos vendados, y siempre que ponía la mano sobre el primo, encontraba á su lado á María Lobbs. La prima y las otras jóvenes se ocupaban siempre en empujarle, en tirarle de los cabellos, y ponerle sillas delante de las piernas, y hacerle todas las picardías imaginables; pero María Lobbs no se le acercaba nunca, y hasta una vez, Nathaniel creyó oír el ruido de un beso, seguido de las reprensiones de María y de las risas ahogadas de sus buenas amigas. Todo esto era muy singular, y no se puede decir lo que el joven hubiera hecho á consecuencia de tales cosas, si sus pensamientos no hubieran sido obligados repentinamente á tomar otra dirección.

La circunstancia que encaminó divinamente sus pensamientos fué que oyó tocar violentamente á la puerta de la calle, y la persona que tocaba no era otra que el viejo Lobbs en persona. Había venido estemporaneamente, y tocaba con bastante violencia, porque no había cenado aun. Cuando esta noticia alarmante fué comunicada por el aprendiz, las jóvenes se precipitaron por la escalera arriba para meterse en la alcoba de María, y por no tener mejor escondite, el primo y Nathaniel se metieron en el gabinete contiguo á la sala. Por fin, cuando la maligna prima y María los encerraron y pusieron en regla la habitación, abrieron la puerta de la calle al viejo Lobbs.

Sucedió desgraciadamente que el viejo Lobbs tenía hambre y que venía con un humor endiablado. Nathaniel le oía gruñir como un viejo dogo; y siempre que el desventurado aprendiz entraba en la habitación, el viejo Lobbs se ponía á jurar como un pagano sin otro objeto aparente que desahogar la bilis. Por fin, la sopa que se había hecho calentar fué puesta sobre la mesa; el viejo Lobbs cayó sobre ella como cae la miseria sobre este pobre mundo, y habiendo vaciado los platos en poco tiempo, besó á su hija y pidió su pipa.

La Naturaleza había colocado las rodillas de Nathaniel Pipkin muy cerca una de otra, pero se chocaban como si fueran á quebrarse cuando oyó al viejo Lobbs pedir su pipa. En efecto, después de cinco años, Nathaniel había visto al viejo sillero fumar regularmente todas las tardes en la misma pipa, con casco de plata, y aquella pipa estaba precisamente colgada en el gabinete donde habían encerrado al desventurado maestro de escuela. Las dos jóvenes bajaron á buscar la pipa, subieron

á buscar la pipa, buscaron la pipa en todas partes menos en donde sabían que estaba. Entretanto, el viejo Lobbs gruñía de una manera espantosa; de repente pensó en el gabinete, y se levantó para mirar en él; era completamente inútil que un hombre pequeño como Nathaniel Pipkin procurase retener la puerta por dentro, cuando un hombre vigoroso y grande la empujaba por fuera. Este la abrió y descubrió á Nathaniel Pipkin de pie en el gabinete y temblando como un ladrón. ¡Bendito sea Dios! qué espantosa mirada le lanzó el viejo Lobbs, asiéndole por el cuello y sosteniéndole para contemplarle en la extremidad de su brazo.

— ¡Con todos los diablos! ¿qué hacéis aquí? — exclamó el sillero con voz terrible.

Nathaniel Pipkin no pudo responder, y el viejo Lobbs lo sacudió con todas sus fuerzas durante dos ó tres minutos, para ayudarle á poner en orden sus ideas.

— ¿Qué hacéis aquí? Habéis venido por mi hija, sin duda.

El viejo Lobbs decía esto á modo de sarcasmo, porque no creía que la presunción de un mortal pudiese llevar tan lejos á Nathaniel. Cual fué, por consiguiente, su indignación, cuando oyó al maestro de escuela que respondía:

— Es verdad, Mr. Lobbs, he venido por vuestra hija; yo amo á vuestra hija, Mr. Lobbs.

— ¡Cómo, miserable títere! — balbuceó el viejo, paralizado por tan extraña confesión; — ¿qué significa esto? ¡decir tal cosa en mis barbas!... voy á estrangularte.

Es probable que el viejo Lobbs, en aquel acceso de su rabia, hubiera ejecutado esta amenaza, si no lo hubiera impedido una aparición completamente inesperada, á saber, el primo, que saliendo del gabinete, le dijo acercándose:

— No puedo consentir que esta persona inocente, invitada aquí por una burla, tome sobre sí de una manera tan noble la falta, si falta hay en esto, de que yo soy culpable, y que estoy pronto á confesar: yo amo á vuestra hija, y he venido á verla.

Durante esta declaración imprevista, el viejo Lobbs abrió desmesuradamente los ojos, pero se asombraba más que Nathaniel; al fin, cuando tuvo aliento para hablar, dijo:

— ¡Ah! ¿habéis venido á ver á mi hija?

— Sí, señor.

— ¿Y no os he prohibido que entréis aquí?

— Sí, señor, y por eso he venido á escondidas.

Creo que el viejo Lobbs hubiera aplastado allí mismo al primo, si su linda hija, cuyos ojos brillantes esta-

ban anegados de lágrimas, no se hubiese arrojado en sus brazos.

— No le detengas, María — dijo el joven. — Si quiere matar al hijo de su hermana, déjale que lo mate. Por todas las riquezas del mundo no tocaré yo uno de sus cabellos blancos.

El viejo bajó los ojos al oír esto, y miró á María. He dicho varias veces que María tenía unos ojos muy brillantes, y aunque en aquel momento estuvieran llenos de lágrimas, su influjo no había disminuído. El viejo Lobbs volvió la cabeza para evitar que le persuadieran las miradas de su hija; pero la fortuna hizo que encontrara las de la maligna sobrina, que, medio temerosa por la vida de su hermano, y medio provocada á risa por la desventura de Nathaniel Pipkin, tenía una fisonomía tan tierna y tan cómica á la vez, que debía seducir necesariamente al hombre que la miraba, joven ó viejo. Enlazó su brazo al del sillero, y le dijo algunas palabras al oído, por lo cual el viejo Lobbs no pudo menos de sonreír, mientras una lágrima rodaba por sus mejillas.

Cinco minutos después, las jóvenes fueron sacadas de la alcoba de María; después, mientras los amantes se arreglaban para ser perfectamente felices, el viejo Lobbs cargó su pipa y fumó; es una circunstancia notable que esta pipa de tabaco fué precisamente la más dulce y consoladora que había fumado en su vida.

Nathaniel Pipkin creyó conveniente guardar su secreto. Por este medio se encontró gradualmente en gran favor con el rico sillero, que le enseñó á fumar con método. Durante algunos años, se les veía á los dos, sentados por la noche en el jardín del viejo Lobbs, fumando y bebiendo con gran pompa. Nathaniel se restableció pronto de su pasión, porque en el registro de la parroquia encontramos su nombre entre los de los testigos del matrimonio de María Lobbs con su primo. Parece ser cierto, además, según consta en un documento, que la noche de la boda fué conducido á la prevención, por haber cometido en completo estado de embriaguez algunos excesos, siendo su cómplice el aprendiz de las piernas desfogadas.